

día contestó el comandante de dicha plaza, general Francisco Sánchez negativamente, y comenzaron las operaciones de los liberales practicando un reconocimiento militar. A las nueve de la mañana del día treinta se procedió al ataque y después de cuatro horas de lucha fué tomada la plaza de San Luis á viva fuerza.

CAPITULO IX.

Julio de 1858.

La barranca de Atenquique.—Combate en el fondo de la barranca de Atenquique.—Miramón se retira para Guadalajara habiendo sufrido un descalabro considerable en Atenquique.—Proclama de Miramón.—Traición del comandante militar constitucionalista de Colima, teniente coronel Ignacio Martínez y fusilamiento de éste.—Marcha de Miramón al interior.—Situación de Guadalajara.—El obispo de Guadalajara viviendo al amparo del bandido Lozada.—El obispo Barajas de San Luis, expulsado—El general Leonardo Márquez preséntase en la escena de la guerra como general en jefe de la división del Poniente.—Proclama de Márquez en Acámbaro.—Expediciones de las tropas conservadoras de Guadalajara hacia el Sur.—Combate en Santa Anita.—Alarmas en Guadalajara.

La barranca de Atenquique está situada á unos ciento ochenta kilómetros al Sur de Guadalajara en la comprensión del 9.º Cantón de Jalisco, cortando el camino nacional que vá para Colima, en una extensión de cosa de un kilómetro que hay de borde á borde, y tiene de profundidad como unos mil metros. Lleva la dirección de Norte á Sur.

Para atravesar la barranca hay varios pasos; el principal, unido al camino nacional de que forma parte, es una vía de regular anchura, empedrada; comienza por el borde oriental en línea diagonal, sigue en zigzag y doblando laderas hasta el plán. Por este mismo

lado, antes de llegar al fondo hay una eminencia de casi igual altura á la del borde, la cual se adelanta bastante al lado occidental de la barranca.

Para descender al plán el camino se prolonga con las repetidas vueltas cerca de media legua: en el plán hay un corto valle atravesado por un pequeño río y en ese mismo valle está la aldea conocida con el nombre de Mesón de Atenquique. La pendiente de la barranca; por el lado de Colima es, en general, menos inclinada, excepto, en el tramo llamado el Caracol.

Desde los bordes de la barranca no se percibe más terreno despejado que algunos cortos tramos de la vía; cuando se desciende, espesas arboledas y hondas quebraduras limitan por todas partes el horizonte.

El día dos de julio, terminaban los liberales sus trabajos de trasborde de los trenes y de la artillería; entretanto, cubrían la retaguardia por la izquierda el general Rocha con el batallón Hidalgo 5.º de Línea y Rifleros de Monclova; y el general Blanco con rifleros de Galeana, Batallón de Aguascalientes, Mixto de la Unión y Pueblos Unidos, posesionados de toda la cuesta occidental, desde el plán, cuando el estampido del cañón anunciaba la presencia del enemigo á retaguardia.

Miramón, en la madrugada del día dos, había salido de Ciudad Guzmán: llegó al borde oriental de la barranca de Atenquique cosa de las once de la mañana, formó sus tropas á la izquierda de la entrada, unas en batalla y otras en columnas, y colocó en batería sus cañones en el borde de la barranca. No conocía el campo ni era posible descubrirlo á primera vista, y sin hacer ningún reconocimiento topográfico, comenzó á cañonear con dirección al lado opuesto.

En seguida, hizo penetrar una columna que se posesionó de la eminencia, que está unida á la cuesta oriental que, como se ha dicho, se adelanta bastante al lado contrario: esa fuerza desplegó en varias líneas de tiradores, y empezó el fuego de fusilería por ambas partes.

Una fuerza como de doscientos reaccionarios desciende al fondo de la barranca, la hacen detenerse las balas liberales, y la desorganizan. Sucesivamente bajan tres columnas de infantería, á las órdenes del coronel Francisco Vélez: atacan decididamente las posiciones que defienden los liberales desde el plán. El ataque es vigoroso: la resistencia obstinada; pero los liberales ceden terreno, que palmo

á palmo van conquistando sus contrarios, bajo el fuego que los diezma. Trepan sobre la cuesta occidental, siguen avanzando y llegan hasta la segunda vuelta del Caracol; un esfuerzo más, rebasan la posición. A esa altura, los liberales hacen alto y cargan sobre sus audaces enemigos: se traba un rudo y mortífero combate; cesa en aquel sitio el ruido de fusilería, ya no hay tiempo para cargar las armas: se baten á la bayoneta. El choque dura muy poco tiempo: en esta vez los reaccionarios retroceden, peleando hasta posesionarse de las cercas y de las casas del valle, y allí esperan á pié firme. La refriega ha durado sin interrupción cerca de ocho horas; en ese tiempo no ha cesado de atronar el estampido de la artillería reaccionaria, que á consumido más de seiscientos proyectiles de á treinta y seis, de á veinticuatro y de á doce. El combate de este día costó á Miramón más de cien hombres muertos, entre ellos el coronel Lara, del Batallón de San Luis y cinco oficiales; doscientos veinte heridos, entre ellos el general Ruelas y veinte oficiales, y muchísimos dispersos,

De parte de Degollado hubo semejantes desgracias, pero no tanta dispersión. Los soldados de la brigada Rocha, dice Degollado, recogieron algún armamento y lo mismo hicieron los de la sección Blanco, quienes además quitaron una banderola del batallón Ligero de Carabineros, que conservo en mi poder. Tuvimos algunas bajas lamentables de tropa y oficiales, que no pormenorizo porque aun no recibo los partes de los jefes de las líneas; pero estimo como un favor del cielo que se conserven sanos y salvos el Sr. General Núñez y el teniente coronel del 2.º de rifleros de la frontera D. Mariano Escobedo, pues á los dos les mataron los caballos con bala de cañón. Al Sr. General Núñez se debe principalmente el éxito de esta importante batalla, y no puedo dejar de recomendarlo porque bajo los fuegos de artillería y fusilería no cesó de recorrer nuestras líneas, bajando y subiendo la barranca hasta el término de la acción. También es digno de mención particular el Sr. Comisario General Don Benito Gómez Farías, quien sin obligación se presentó en el campo de batalla, recorrió cuatro veces el espacio de seis leguas que separaba la vanguardia de la retaguardia de la División, y prodigó mil cuidados á nuestros heridos.»

Entrada la noche, se replegó Miramón á su campamento situado por la mañana al borde de la barranca, llevándose á sus heridos;

y de allí participó á Guadalajara que había triunfado á la bayoneta; al mismo tiempo Degollado dejaba el campo, después de haber enviado á los heridos de sus tropas al hospital improvisado en Tonila, al abrigo de las fortificaciones de Beltrán, y se replegaba á dichas fortificaciones en el concepto de que el combate de aquel día no era más que el principio de la lucha.

Pero Miramón retrocedió precipitadamente para Ciudad Guzmán y sin detenerse en la población más tiempo que el indispensable para tomar alguna gente forzada y dejar á los heridos graves, en el pavimento de la plaza de gallos y en las bancas de la escuela municipal, continuó retirándose á marchas forzadas para Guadalajara. Al saber Degollado ese movimiento, organizó una brigada ligera al mando del general José S. Núñez que marchó hostilizando la retaguardia de Miramón hasta las inmediaciones de Guadalajara.

Mientras se verificaba la sangrienta acción de armas en el fondo de la barranca de Atenquique estuvieron las fuerzas liberales amagadas de un gran peligro que la casualidad conjuró: fué ese peligro la traición calculada por el jefe que les guardaba la espalda en la ciudad de Colima.

He aquí lo pasó: habiendo sido aprehendido un transeunte por uno de los pasos de la barranca de Beltrán cuyas posiciones estaban á cargo del coronel Domingo Reyes, fué llevado á presencia de este jefe y el preso se hizo sospechoso por no haber podido explicar satisfactoriamente á donde iba por aquellas serranías: se le hizo por orden del mismo jefe, un registro minucioso encontrándosele cuidadosamente oculto un pliego el cual estaba escrito de puño del teniente coronel Ignacio Martínez, Comandante Militar del Estado de Colima, dirigido al general Miramón, ofreciéndole ponerse á sus órdenes.

Ese pliego era prueba flagrante de traición y al mismo tiempo la sentencia de muerte de su autor. Y en aquellas críticas circunstancias, era preciso proceder al momento contra el infidente pues si este sospechaba estar descubierto, podía rebelarse al momento con las armas en la mano. El coronel Reyes, sin que nadie más que él supiese el contenido del pliego, puso al mensajero en absoluta incomunicación é hizo llegar aquella terrible prueba á manos del general en jefe, quien con las precauciones del caso, logró la aprehensión de Martínez, luego consignó el hecho á un tribunal militar; y el émi-

lo en Colima de Landa en Guadalajara, convicto y confeso del delito de infidencia, fué sentenciado á la pena capital y pasado por las armas el día doce de julio, en la ciudad de Colima, frente al convento de la Merced.

Entró á ejercer el cargo de comandante militar de Colima, el coronel Miguel Contreras Medellín, con fecha ocho de julio, y poco después fué nombrado, por la Legislatura, Gobernador del Estado de Colima.

El día ocho de julio, Miramón ya en Guadalajara, expidió á sus soldados una proclama en cuyos principales párrafos dice:

«Miguel Miramón, general en jefe del primer cuerpo de ejército de operaciones, á las fuerzas de su mando:

«¡Soldados! Habéis escarmentado nuevamente al enemigo de nuestra fé é instituciones que, orgulloso, os esperaba en la inexpugnable barranca de Atenquique: le habéis hecho correr ignominiosamente quitándole sus carros y su tren de guerra: estoy pues satisfecho de vosotros al grito de Osollo y Religión habeis cargado con denuedo y escarmentado al enemigo. *Si las operaciones de la guerra nos hacen volver á esta capital, es porque aun tenemos mucho que hacer* Un esfuerzo más y conquistaréis la paz de vuestra adorada patria un esfuerzo más y salvaréis el honor de vuestras esposas, la vida de vuestros hijos y los templos sagrados de Dios »

Permaneció Miramón ocho días en Guadalajara cubriendo las bajas por medio de la leva y agenciando dinero; hasta el día diez y seis marchó para el interior dejando á los liberales dueños absolutos de todo el Sur de Jalisco y á la ciudad expuesta á un nuevo asedio.

Veamos la siguiente carta dirigida á Ogazón y publicada en Sayula que contiene interesantes pormenores y apreciaciones acerca de la situación en Guadalajara por aquellos días:

«Guadalajara, 17 de julio de 1858.

Muy estimable amigo: Cumpló con el encargo que V. se sirvió hacerme de palabra, para escribir á V. las noticias que en esta ciudad se tengan por verdaderas. Quizás no quebrantaré la orden de la comandancia general, que castiga con la pena de 300 palos á los que propaguen noticias alarmantes y falsas.

Ayer salió de aquí (rumbo á Lagos) la brigada Miramón, con dos mil hombres poco más, y catorce piezas de artillería. Ignórase

si se situará en Lagos ó penetrará al Bajío para servir de núcleo de alguna división fuerte, con la que el gobierno trate de reconquistar á San Luis.

La guarnición que queda en esta ciudad es respetable, pues llegará á dos mil quinientos hombres y doce cañones. Entre estos se cuentan los cuatro [de á 4 y de á 8] llegados ha tres días de Mazatlán, con 300 fusiles de chispa.

La diligencia anterior á la de ayer, confirmó la noticia de la evacuación de la plaza de Guanajuato por el general Mora y Villamil, á la aproximación del coronel Aramberri con una brigada de la división del Sr. Zuazua. A esta hora no he hablado con persona alguna y no sé si la última diligencia ha dejado al Sr. Aramberri en aquella plaza.

Dos frailes del Colegio de Guadalupe, venidos ha dos días de San Luis, dicen que el Sr. Zuazua hizo ciento quince oficiales prisioneros en la rendición de aquella plaza. Othon había llegado á Méjico. Agregan aquellos señores que el ataque de las fuerzas de Nuevo León dirigido sobre la fortificación de San Luis fué vigorosa y bien sostenido: parece que los principales jefes se habían fugado, y sin embargo el domingo próximo pasado recibió una comunicación el general Miramón, en la que se le dice que había habido algunos fusilamientos en San Luis, bien que no sepa yo cuantos fueron, ni en cuales jefes y oficiales se decretaron.

Sabe V. que el Sr. Obispo ha salido precipitadamente de esta ciudad, para la de Tepic, el sábado 10, á consecuencia del sexto préstamo forzoso impuesto aquí? Hoy hace ocho días ha partido S. Illma. sin decir oste ni moste, y ha tomado las de Villadiego. Al día siguiente fueron á visitarle los generales Casanova, Blancarte y Miramón y se encontraron con la casa vacía, en la que sólo quedaba el secretario. Después trató el general Miramón de hacer volver á S. Illma. bien escoltado, para lo que se ofreció un coronel Miramón; pero hubo diversidad de pareceres, y se le dirigió una comunicación que contenía tres puntos importantes: 1.º Que diera el venerable clero, por ahora, cien mil pesos. 2.º Que en lo sucesivo afanzara ochenta mil pesos mensuales, mientras dura la guerra contra la constitución. 3.º Que si no había dinero en las arcas de la Santa Iglesia, pasara el Sr. Obispo una lista de los capitales impuestos á réditos, para que la autoridad militar exigiera la redención de ellos.

El lunes anterior ha sido la requisición del préstamo forzoso, el sexto de este nombre del mes de mayo acá. El general Pérez Gómez fué comisionado para recoger las cantidades; iban entrando las personas cuotizadas al cuarto en que aquel estaba sentado, y las recibía sin saludar ni ofrecer asiento, les intimaba la cuota que tenían que dar, y á los que no la dieran inmediatamente, se les dejaba presos en el cuartel de cazadores y se les decía que á las veinticuatro horas saldrían en las filas de las tropas como soldados. Estuvieron presos todos los mayordomos de monjas; el padre Arias, secretario del obispo, por 600 pesos impuestos á la persona de aquel; el padre Aristoarena, por el fondo de capellanías; Don Ignacio Cañedo, quien un día antes había pagado dos mil pesos, y tuvo que sufrir la asignación de otros dos mil pesos; D. Sotero Prieto por dos mil, [y con esta van tres veces que el Sr. Prieto entra á la prisión de un cuartel]; D. Andrés Somellera, Urrutia, encargado de la casa de Martínez Negrete, etc. El clero dió por fin cincuenta y tres mil pesos en plata y cuarenta y siete mil en libranzas.

Angspurg enarboló en su casa la bandera de su consulado, y se largó á San Pedro, mas no sé si se le arrancaron dos mil pesos que le impusieron.

La sección Piélagos que llegó hasta Tequila á recibir el armamento que vino de Mazatlán, impuso en aquel desdichado pueblo un préstamo de seis mil pesos, y después de pagado por los vecinos, Piélagos entregó á saco la tienda de Don Antonio Gómez, la que fué completamente robada por los soldados. Estos entraron aquí anteayer, trayendo el botín cargado en las espaldas, y la parte que tocó á los jefes, [entre ellos Paulin] venía en mulas de carga. Primer ejemplo que vemos en Guadalajara; figúrese V. cuan grande sería la sorpresa de los habitantes honrados, (y había muchos en las calles que recorrió á su entrada aquella sección de tropa, pues pasaba á la vez una procesión de la Virgen de Zapopan) cuando vieran que se hacía alarde en nuestra población, de un acto sumamente inmoral, y el gobierno del Departamento consentía que sus soldados entrasen cargados con el fruto de un saqueo! Sin embargo, ayer se trataba de fusilar á un soldado por un robo insignificante, y ha sido arrestado un oficial de Piélagos porque desaprobó aquella conducta.

La leva se hizo aquí con todo rigor; ayer que salió la brigada de Miramón, se llevó entre las filas aun á los criados de los con-

ventos, en que aquella estuvo acuartelada; han sido también reclutados de leva los mismos agentes de policía de Jontan.

Dos meses ha que no tenemos criados en las casas, ni albañiles, ni operarios, porque apenas salen á la calle, son llevados á los cuarteles. En esto tiene parte la gran deserción que hay en los cuerpos: quince días hace, poco más, que dieron francos á los soldados del batallón de Toluca, y se desertaron en aquel día trescientos sesenta hombres. La guardia del Hospital se largó hará ocho días, con su sargento y los fusiles. La brigada Miramón entró á esta ciudad, á su vuelta de Atenquique, en número de mil setecientos y tantos, incluso más de doscientos hombres reclutados desde Zapotlán acá; su pérdida fué de casi (ó sin casi) mil quinientos hombres; y esto lo ha visto todo Guadalajara. Batallón hubo, el de San Luis, por ejemplo, que entró con ciento cuarenta plazas; el de carabineros con doscientos sesenta, cuando llevaba más de cuatrocientas, etc.

La batalla de Atenquique tan grande en sus resultados como la de Paso de Carretas, ha costado al gobierno de Tacubaya, más de cien hombres muertos, entre ellos un coronel y cinco oficiales; más de doscientos veinte heridos, entre ellos un general y veinte oficiales; y como mil dispersos que no han vuelto á reunirse bajo sus banderas; y lo que es todavía más, la tropa de la plaza de San Luis, que tenía dos mil hombres y veinte piezas de artillería de batir, confesado por los periódicos oficiales.

En Atenquique murió el coronel Lara, del batallón de San Luis; salió gravemente herido el teniente coronel del mismo cuerpo; murieron un capitán y un teniente (gachupines por fortuna) del batallón de cazadores; el general Ruelas (que ya lo es) salió levemente herido de un brazo; y otros, cuyos nombres ignoro, recibieron heridas más ó menos graves. Los heridos de tropa entraron aquí en diez y ocho carros, (de aquellos grandes americanos) y un guayín y muchos á caballo. Las tropas constitucionales no creen seguramente que el descalabro de estas ha sido en tanto extremo, y que la acción de Atenquique ha sido una batalla memorable por mil títulos, y una gran batalla en nuestra historia contemporánea.

Se hacen justos elogios del señor general Núñez, del señor Rocha, de los valientes rifleros de la frontera y de todos los soldados que nos recuerdan (si es lícito comparar lo grande con lo pequeño) á los trescientos espartanos de Leonidas. Allá no se sal-

vó Esparta, aquí se ha consumado el triunfo de la Constitución de 1857.

Aquí estamos por ahora tranquilos, aunque hoy mismo sé que algunos comerciantes están empacando sus tiendas. Multitud de familias han salido á San Pedro y los pueblos inmediatos, y la emigración continúa.

El señor cura Castro, permanece preso en el Clerical; el Sr. Caserta, aunque en libertad, se ha ido á pasar el tiempo á la Escoba.

Miramón se ha llevado como soldados rasos, á dos personas decentes; D. Tomás L. Arriaga y D. Jesús Hurtado. En el batallón de Toluca [hoy 1.º de línea] están filiados los tres jóvenes Amadores.

Trátase de exigir la rendición de los capitales de la instrucción pública.

Remito á V. el periódico francés que trae algunas noticias. Verá V. también una correspondencia del periódico inglés que le ha costado mil pesos de multa, porque dice claro lo que pasa en la campaña de Veracruz: esta se ha desgraciado para el gobierno de Zuloaga, y tendrá que reconcentrar en Puebla las fuerzas de Echeagaray, según parece por las operaciones.

El ministro inglés ha pedido la destitución de Miramón y su castigo por los atentados que cometió en San Luis contra súbditos ingleses. Se dice que será nombrado general en jefe de ese que se llama ejército del Norte, Castillo, Castro ó Márquez.

En Méjico, han respaldado todas las libranzas de Casanova, recibidas aquí por los prestamistas.

Mucho disgusto reina en la brigada Miramón contra su jefe por la truhanada que hizo en Atenquique: todos dicen «nos ha llevado al matadero.»

Con motivo de la partida del Obispo, el *Boletín del Ejército Federal*, dijo que el prelado había huido *acusado por sus crímenes* á implorar la protección de Lozada, y el órgano oficial del gobierno reaccionario; replicó á aquel periódico, expresando que había salido á restablecer su salud; lo cierto es que visitó las parroquias del poniente y que vivió al amparo de Lozada algunos meses, en Acapone-ta y San Luis, rodeado de una escolta de doscientos hombres de ca-

ballería é infantería, que le daban la apariencia de un jefe militar más bien que de pastor eclesiástico.

El obispo de San Luis, Dr. Pedro Barajas, fué expulsado del país por Zuazua: veamos los motivos en que se fundó ese hecho

«Primera división del ejército del Norte.—Coronel en jefe.—Illmo. Sr.—No es compatible la conducta que ha observado V. S. I. con la paz y la tranquilidad de la República, porque habiendo esta adoptado para su administración, el régimen prescrito por la Constitución de 1857, é insistiendo V. S. I. en que no es lícito dar cumplimiento á las disposiciones que contiene ese código, ni obedecerlas, escita á los ciudadanos á la sublevación contra los Supremos Poderes constitucionales, pone en continua alarma á las conciencias y provoca una guerra, que es preciso ya concluir con la sujeción de los disidentes á la ley y al poder que establezca la voluntad del pueblo.—En sociedad no es admitido en el presente siglo otra clase de gobierno. Dios creó al hombre con igualdad de derechos, y no hay razón ni justicia para precisar á los muchos, á que se rijan, gobiernen y dirijan al arbitrio y voluntad de los pocos.—La inspección que pretende tener el clero en las leyes fundamentales de la Nación es muy agena á su ministerio; y si fuera autorizada y consentida, no habría ley alguna ni administración posible que no estuviera subalternada á su aprobación. Bastaría decir á los ministros del culto católico que tal ley era opuesta á los derechos de la iglesia, para que todos acataran sus determinaciones; y entonces el poder, el gobierno y la administración, debería emanar del alto clero quedando ilusoria la soberanía social y la intervención del pueblo.—Tengo, pues, el sentimiento de hacer saber á V. S. I. que viéndome en la precisión de adaptar los medios que conduzcan á restablecer la paz y el orden constitucional; y considerando en la permanencia en este Estado de V. S. I., un fuerte obstáculo para conseguir estos fines, me veo obligado á disponer la salida de V. S. I., á cuyo fin espero que esté prevenido para verificarla el día de mañana.—V. S. I. no puede desconocer los deberes de un jefe político y militar cuando procede con plenas convicciones y segura conciencia; sabe también V. S. I. que en esta contienda se versan intereses muy sagrados, defendidos con la sangre y con la vida de los contendientes. Pues bien, si á consecuencia de esta determinación se tomaren medidas alarmantes que provoquen un nuevo conflicto, y se negare á los fie-

les la concurrencia á los templos del Señor, y la práctica acostumbrada de nuestro culto público, la energía y los más severos escarmientos serán los que normen mis operaciones.—Con el más profundo respeto al elevado carácter de V. S. I., tengo el honor de protestarle mi muy atenta consideración.—Dios y Libertad. Cuartel general en San Luis Potosí, Julio 13 de 1858.—Juan Zuazua.—Illmo. Sr. Obispo de esta diócesis.»

El día quince de Julio, presentóse por primera vez en la escena de la guerra el general Leonardo Márquez, como gobernador del Departamento de Michoacán y general en jefe de la División del Poniente, expidiendo en Acámbaro, una proclama á las fuerzas de su mando.

Hela aquí:

«Compañeros: Por suprema disposición, acabo de encargarme del mando de estas fuerzas, y al verificarlo, me es grato saludaros, con la sinceridad de un amigo, con el entusiasmo de un soldado, con la ternura de un hermano.

«Vengo, como siempre, á participar de vuestras glorias y de vuestros sacrificios; á defender la más justa de las causas; á vencer ó á morir con vosotros.

«Soldados: Demasiado me conocéis para tener en mí entera confianza y demasiado os conozco para saber cuanto puedo esperar de vosotros.

«Mis amigos: La sangre de Vega y Aljobín, de Orihuela y Manero, de Landa y otros, clama venganza. El decoro ultrajado del clero y del ejército, pide justicia. Las vírgenes inmoladas en las aras del crimen de nandan vuestro amparo. El niño y anciano, el cortesano y el labrador, todos en fin, necesitan defensa, y sois vosotros, mis valientes camaradas, á quienes toca concederla; vosotros que sois la parte escogida del pueblo para llevar las armas de la Nación; vosotros á quien está encomendado el cumplimiento de la ley y la conservación de nuestra preciosa independencia legada por Hidalgo é Iturbide. Sois vosotros, sí, y vosotros cumpliréis con este sagrado deber; estoy seguro de ello.

«Obediencia, pues, al gobierno; subordinación con vuestros superiores, unión y solo unión, esto es cuanto necesitáis para inmortalizaros.

«Oíd la voz de mi bizarro amigo el general Osollo, que se levanta

ta desde su tumba diciendoo: «Pelead hasta morir, os lo pido por la patria.»

«Sea, pues, la sombra de aquel ilustre guerrero, vuestra guía en las batallas, que yo cuidaré de conducir en ellas. Y cuando en el calor del combate, ciñáis vuestras cienes con el laurel de la victoria, gritad conmigo eutusiasmos ¡Viva México!

«Cuartel general en Acámbaro, Julio 16 de 1858.—Leonardo Márquez.»

Después del asedio de la ciudad de Guadalajara, del mes de Junio, continuó el estado de sitio de la plaza, y el general Casanova, con el cargo de Gobernador y Comandante Militar; y el órgano oficial del gobierno en la segunda quincena de Julio, cambió el título de *Las Tres Garantías* por el de *El Pensamiento*.

Casanova, desde que Degollado levantó su campamento en Guadalajara, hizo dar mayor solidez á la obra de fortificación, reponiendo tomaso leva, las bajas de la fuerza que formaba la guarnición, y adoptó el sistema de practicar salidas frecuentes, con dos ó trescientos hombres á sus órdenes ó á las del general Blancarte, sin alejarse de la ciudad; y los liberales, que, diariamente desprendían avanzadas y guerrillas hasta las goteras de la ciudad, se retiraban al emprenderse esas expediciones, con la intención manifiesta de atraer á sus contrarios lejos de la plaza.

El veintidós de Julio, á las tres de la mañana, salió Casanova con mil cincuenta hombres y siete piezas de artillería, dejando encomendada la plaza á su segundo Blancarte. A las siete de la mañana, llegaba esa fuerza al puerto de Santa María; una especísima niebla cubría el campo por todas partes, de manera que á unos cuantos pasos no podían distinguirse los objetos, cuando la vanguardia de Casanova, tropezó, puede decirse, con una avanzada liberal de cincuenta rífleros; trábase escaramuza y al disiparse en aquellos momentos la niebla, se vió que la fuerza conservadora era de doscientos dragones, y los rífleros ante la superioridad numérica del enemigo se dispersaron, quedando veintitrés prisioneros.

El general José Silverio Núñez, jefe de la vanguardia liberal, se hallaba á dos leguas en el pueblo de Santa Anita, y al saber el resultado del encuentro, mandó cien rífleros á proteger á los dispersos y con orden de procurar entretener al enemigo, mientras el citado jefe se retiraba para el pueblo de San Agustín á incorporarse

á la brigada Rocha para volver sobre los conservadores y entrar en combate; pero los rífleros, poco disciplinados y demasiado fiados en su bravura, se arrojaron sobre doble número de enemigos y fueron vencidos, pereciendo en la pelea el capitán reaccionario Olaguibel, y quedando prisioneros más de cuarenta rífleros: estos en venganza por la muerte de Olaguibel, fueron colocados en un sitio encajonado y matados en masa, al fuego que por compañías, de paso, les hicieron los vencedores, poco antes de llegar al pueblo de Santa Anita.

El general Cosanova dió parte desde Santa Anita, de haber puesto en fuga «en pelotones informes al enemigo» y regresó en la tarde del mismo día veintiuno á Guadalajara, siendo recibido con repiques. Al entrar á la ciudad la columna conservadora, presentaba como trofeo de victoria, entre filas, á los veintidos rífleros tomados prisioneros al principio, en el puerto de Santa María, á los cuales pasearon por las calles, llamando la atención pública por las blusas coloradas.

La noche del día veintisiete habían preparado los liberales dar una sorpresa á la guarnición de Guadalajara apoderándose del convento del Carmen; pero descubierto el plan, se ocupó por la guarnición de la plaza el convento mencionado, con el batallón activo de Toluca y se guarnecieron todos los fortines: á las diez de la noche estaban ocupados todos los puntos expresados y cuando esto se verificó se dejaron oír, de distancia en distancia, estallidos de cohetes, viéndose sus huellas luminosas por la línea del Sur: era la señal convenida para indicar á los que iban á dar la sorpresa, que el plan había sido descubierto y frustrado. La plaza redobló la vigilancia, y las alarmas continuaron los días siguientes.